

*Gentil. Estabamos próximos para pasar à otras muchas Naciones, que tocan al Señor Obispo de Panamá, con Carta Pastoral de su Ilustrísima para los Christianos, por donde haviamos de pasar; pero como en todo no deseavamos mas que hacer la voluntad de Dios nuestro Señor, intimada por V. P. M. R. con el mismo consuelo nos volvemos, que huvieramos proseguido con la Divina Gracia. Totalmente en manos de Dios estaban estos fervorosos Espiri-*

*tus, y por lo mismo hizo Su Magestad la costa de sus ganancias, con tanta confusion del Infierno, regocijo del Cielo, egemplo de la posteridad, y honor de sus Fieles Siervos, elegidos por su Poderosa Mano, para reformadores de las viciadas costumbres de los Pueblos Christianos, y para encendidas antorchas, que desvaneciesen, y destruyesen las tenebrosas, y obscuras sombras del Gentilismo.*

## CAPITULO X.

*QUEDA EL V. P. FR. ANTONIO en los Lacandones, instruyendo, y catequizando à aquella Nacion, y se refieren algunos casos portentosos que obró el Señor por su zelo.*

**P**OCO tardó el dilatado, y basto terreno de la Nacion Lacandona en dar la abundancia de los suspirados granos de almas convertidas à la Fé, que prometía el catequismo, y predicacion de nuestro Antonio. Respirando su pecho incendios, su corazon abrasadas ansias, y su espiritu amorosas centellas, les ganó desde

luego las voluntades, sujetó los aviesos de sus barbaras inclinaciones, y les hizo olvidar en gran parte sus antiguos conaturalizados habitos; de forma, que transformada la insensibilidad de aquellas humanas piedras en afectos de hijos de Abrahám, lo escuchaban como à Oraculo del Cielo, que con alientos Angelicos, è industrias santas, con-

vir-

virtió la Idolatría en catholicas adoraciones, y los inciensos diabolicos, en devotos cultos. Jamás se le advirtió cobardía, ni tibieza en esta ocupacion tan trabajosa, permaneciendo siempre hecho un espectáculo de animosidad, y constancia en los riesgos de aquellas medrosas Montañas, y peligros de tan voluble gentío, como tambien, en la falta de los humanos subsidios, y en las fatigas de tan continuos trabajos.

Tuvo plena inteligencia del Idioma de aquellos Indios ceriles, y trájulo en él la mayor parte de la Doctrina Christiana, allanando con esta diligencia las dificultades, que indispensablemente havian de tener los sucesores en la conservacion de tan utilissima empresa. El R. P. Fr. Blás Guillen, que es el que nos dá esta noticia, asegura, que en las cotidianas confesiones, que le oyó al Siervo de Dios, todo el tiempo que le mereció su compañía, siempre le observó la mas pura, y limpia conciencia, sin haver descubierto en ella la mas leve venial culpa; no nos dice si la instruccion que el V. P. Margil

tuvo de aquel intrincado barbarismo, fue adquirida con su aplicacion industriosa, ò si le fue dada graciosamente con dispensacion divina. Pero constando por el Testimonio jurado de dicho R. P. fuera de lo que ya dejó insinuado en el Capitulo sexto, que desde la media noche, hasta que rayaba el dia, permanecía diariamente arrodillado inmovil, y fervoroso en el santo egercicio de la Oracion, no es poco el fundamento que ofrece su declaracion, para que la prudente piedad se persuada à que tuvo mucho de prodigiosa.

Este continuo orar del V. P. lo depone el Declarante, como Testigo de vista, à causa, de que entre la pieza en que ambos tenian su habitacion, y el Altar en que celebraban la Misa, y era el lugar de este tan proficuo empleo, solo mediaba un cerco, ò division de carrizos, y podia el Compañero observarlo. Y añade, que los breves ratos, que al parecer, se entregaba al descanso de las siestas, no apartaba su consideracion de la presencia de Dios, permaneciendo tendido sobre

la

la desnuda tierra, puesta la capilla, y descubiertos los pies, casi hasta las rodillas, con el fin de que le picasen los Mosquitos, y añadir à su incesante Oracion el merito de esta mortificacion tan penosa. Por manera, que en algunas ocasiones, en que por lo desacomodado de las viviendas, lo advirtieron los Indios, è intentaron ahuyentarlos, rehusó el que los sacudiesen, diciendoles con mucho sufrimiento, y manso estilo, que los Mosquitos eran unos pobres, y asi, que los dejasen comer, para que pudiesen vivir. Todo lo qual causaba grande admiracion en los Gentiles, y mucha edificacion en los que tenian mas alcances.

Con lo experimentado de su singular prudencia, dispuso alternarse con el R. P. Fr. Blás en las Platicas Doctrinales, asi que este zeloso Ministro tuvo competente luz de aquella barbara lengua. En esta atencion, predicando un dia el referido Padre, à pocas razones se olvidó de todo lo que havia escrito, y estudiado, y no pudo continuar su Sermon. Hallabase presente el V. P. Margil, y

con esta ocasion tuvo el Orador advertencia de hacerle señas, para que entonase el Alabado, y disimular con el canto su repentino olvido. Hizolo asi el discretisimo Varon, y reconociendo despues en su Compañero notable descaecimiento de ánimo por el referido acaso, no contento con haverlo alentado à solas, ponderandole la dificultad de aquellos dialectos rusticos, discurrió la siguiente traza, para que cobrase mayor aliento. Dió principio à la Platica del siguiente dia, y como si à su espiritu tan fervoroso se le huvieran estancado los conceptos, ò à su comprehension de aquellas incultas frases, se le huviera desvanecido la inteligencia, à poco rato que predicaba, dió muestras de que se havia turbado, haciendo papel de perdido. Con esto, hizo señas al Compañero, para que entonase el Alabado, con cuya devota cancion se daba fin diariamente à este importantisimo empleo. Prácticólo asi el R. P. Fr. Blás, adquiriendo no vulgar egeemplo de tan religiosa prudencia, como quien sabia de cierto, que todo era ingeniosa

industria de su amado Padre Margil, para que prosiguiese con fervor en el cultivo de aquellas nuevas plantas de la Fé, y no se amilanase por lo dificil de aquel obscuro lenguaje en la prosecucion de su Apostolica empresa.

En todos sus egercicios, y acciones procuraba explayar su zelo en solicitud del bien de todas aquellas almas; pero se señaló con particular esmero en un mancebo Gentil, de salud robusta, tomando muy à su cargo el instruirlo, para que recibiese el santo Bautismo, dándole el nombre de Lorenzo, antes de ser bautizado. A este tiempo se ausentó el referido mozo para una sementera, que tenia en lo encumbrado de un cerro, distante del Pueblo como quatro leguas, y en breve le sobrevino una mortal dolencia. Con este motivo envió el mismo paciente à llamar à uno de los Padres para que le bautizase; y hallandose impedido para caminar el Siervo de Dios, por tener una rodilla gravemente apostemada, fue el R. P. Fr. Blás à egercitar esta obra de caridad; pero quando llegó al pa-

rage en donde estaba el enfermo, ya lo halló batallando con las ultimas agonias, y luego que lo bautizó quedó muerto. Dióle sepultura en la montaña, por no tener forma por entonces de trasladar el cadaver, y volviendose para el Pueblo de los Dolores, dió noticia al V. P. Antonio de todo lo acaecido.

Pasados algunos dias, observó el R. Mercenario, que el Padre Margil, por la madrugada, cerca ya de romper la Aurora, hablaba con otro dentro del Aposento en que tenian los dormitorios, y haciendole notable fuerza aquella conversacion, por no haver visto entrar en la quadra persona alguna, se puso à escuchar con reflexion, para observar, si lo que percibía el sentido eran verdaderas voces, ò algun imaginado murmullo. A poco quedó desengañado de no haver padecido falencia; pero sin haver podido entender cosa alguna de lo que los conversantes trataban. Subia por instantes de punto su confusion, mayormente estando persuadido à que el V. P. Antonio estaba solo en su quarto. Con esto, siendo ya hora en

que ambos acostumbraban rezar diariamente el Rosario con los Indios, y los Soldados, se resolvió à llamarlo, para dar principio à este egercicio santo. Llamólo por una, dos, y tres veces, y entonces vió que salía solo de su retiro, inmutado el semblante, y con extraordinario júbilo, dando, y repitiendo gracias à Dios, con demonstraciones de gozo, y con expresiones devotas. Aumentóse la admiracion del confuso Compañero, y preguntandole con quien havia estado hablando, para salir de su duda, le respondió con agraciado modo, y donoso estilo: *Hablaba con nuestro Lorenzo, el que V. P. bautizó.* Y repitiendo, *gracias à Dios, gracias à Dios*, dió fin à su misteriosa respuesta, añadiendo con singular alegría: *el Señor es quien lo ha hecho: A Domino factum est istud.* Aquí dice el Declarante, que se turbó su cordedad, para no investigar otra cosa; pero que quedó inteligenciado, y creído, que se le havia aparecido Lorenzo, para noticiarle la dicha, y felicidad que gozaba: y que el haber puesto el V. P. tanto cuidado

do en entresacarlo del cúmulo de los Gentiles, procurando su mas breve instruccion con tanto esmero, fue porque tuvo alguna luz de estar cercana su muerte.

Al mismo tiempo que dirigía sus desvelos en reducir à vida christiana à aquellos Cathecumenos, y Neofitos, procuraba instruirlos en lo politico, para que fabricadas las competentes casas, formadas las respectivas enstancias, y beneficiadas las tierras, procediesen quietos, y sujetos à las Justicias, con fidelidad à las Leyes, y con amor à la Nacion Española: por manera, que à mas de las ocupaciones espirituales, con que grangeó tantos triunfos para el Cielo, se egercitaba en varias laboriosas tareas, muy conducentes à la mejor sazón de la tranquilidad de los Indios. Con ochenta Gentiles que su Compañero trajo desde los Mapes, y Eptunes, se retiró por algunos dias à un sitio algo distante del Pueblo de los Dolores, y en brevisimo tiempo fabricó una preciosa Iglesia. Dió juntamente tal formalidad à la Poblacion, y dejó tan bien asen-

asentada la Doctrina Christiana, que era cosa para admirar el oír alabar à Dios en su Templo à los niños, y à los adultos. Era mucha la escaséz de maíz para que se pudiese sustentar tanta gente, llegando à tanto la inopia, que ya era preciso echar mano de groseras raíces, y silvestres frutas. Pero para que el cierzo de la penuria no marchitase à aquellas delicadas plantas de la Religion Christiana, puso el Señor en las manos de su Siervo las llaves de las troges de su Providencia Divina, franqueándole en las mayores aperturas el grano que se necesitaba, para que cesase la necesidad, y conflicto, siendo constante que del poco maíz que pudo haber en una petaquilla pequeña, estuvo repartiendo por mes, y medio à los Indios, dandoles diariamente en una gacilla algo mas de media libra, sin otras raciones que sacaba de ella para comer, y contentar à los Niños. Y al cabo del referido tiempo estaba la petaquilla tan proveída, y tan llena, como si no huviese sacado porcion alguna. Tal vez por este caso mara-

viloso, de que fue tambien ocular Testigo el R. P. Fr. Blas, y por otras prodigiosas experiencias, con que el Cielo calificó la virtud del V. P. Antonio, no le llamaban aquellos Naturales por su nombre, sino que hasta los Gentiles lo trataban con el renombre de Santos de forma, que aunque el V. P. los reprehendiera, y les advirtiera repetidas veces el modo con que le havian de hablar, no se les imprimía la advertencia, ò se olvidaban de la reprehension; y aunque se les ofreciese inmediatamente decirle alguna razon, ò pedirle alguna cosa, repetían el mismo estilo, dándole tratamiento de Santo, como si no supiesen, ò se huviesen olvidado, que el Padre se llamaba Antonio. No era poco lo que se afligía, y mortificaba el bendito Varón, viendose honrado con tan feliz, y gloriosa nomenclatura, pues siempre su profunda humildad solicitó el propio desprecio. Pero quanto mas lo aterraba el conocimiento de su bajeza, tanto más se empeñaba el Señor en descubrir los fondos de su grande espíritu, y los egercicios ere-

ditos à que era acreedora su predicacion Apostolica, pregonandolo enriquecido de meritos en aquellas montuosas soledades, con los despojos de la infidelidad reducida.

Mucho se ensoberbecia el Demonio de ver que aquellas almas, y otras muchas, que se iban congregando con frecuencia, se havian desprendido de sus uñas. Y conociendo que con la ingeniosa destreza, y zelosa vigilancia de este grande Ministro del Evangelio, no solo havia perdido el campo, sino que se le frustraban sus infernales asaltos, procuró ganar terreno, valiendose de solapado artificio. Introdujose con disfraces de muger en las chozas de los Gentiles adultos, antes que el V. P. saliese à dar vuelta por el Pueblo en solicitud de los mas rudos, y tibios, y les persuadia con las astutas razones que sabe dictar su falacia, que no desamparasen su Secta. Sucedió esto muchas veces, sin que lograrse el engañador embozado fruto alguno; pero aunque quedaba despechado, no quedaba arrepentido. En otras ocasiones iba en seguimiento del Padre Antonio,

disimulado con la misma mascara, ideando sofismas, para perturbar sus tareas; pero por mas que arrojase sus venenosos ardides, siempre quedaban sus estratagemas sin efecto. Y como este Espiritu rebelde nunca queda escarmentado, por mas que quede vencido, insistia como incansable en emplear el caudal de sus ensartes, para embarazarle al infatigable Obreiro los afanes; pero viendo que cada dia se dilataban mas las triunfantes Vanderas de la Christianidad por todo aquel continente, intentó hacer frente à su Apostolico conato, doblando las cabilaciones malignas de su rabiosa altivez, como se verá en el siguiente suceso.

En una ocasion, que el V. P. Antonio fue con el R. P. Fr. Blás à visitar à una enferma Gentil, le dijo en el camino, que tendrían en aquella empresa mucha oposicion del Demonio, y que sería necesario vestirse de todo Dios, para salir con victoria. Llegaron à la casa de la doliente, y ya hallaron à su cabecera al maldito Consejero con su acostumbrado embozo, que con voces claras, y

per-

perceptibles, persuadia à la moribunda à que no admitiese el Bautismo. Causóle à ésta tanta impresion el consejo, que manteniendose el Padre Antonio algunas horas, porfiando en desvanecerle el engaño, siempre hallaba en la mal aconsejada Infiel una pertináz resistencia, sin visos de la docilidad mas minima. Con estas repetidas experiencias, levantó el bendito Padre al Cielo los ojos por breve tiempo, y dejandolos caer con seriedad, puso la vista de improviso en el disfrazado Diabolo, con tales ademanes mudos de santo enojo, que como si fuera una invisible bala de artillería, lo retiró como diez pasos de la enferma, que se hallaba ya cercana à la muerte. Al punto pidió ella misma el santo Bautismo, y murió à poco que fue bautizada. No pudo el Enemigo infernal disimular el corage que le causó el que le quitasen de las garras la alma que tuvo por tan suya. Y como no es

nuevo, que para mas acrisolar la virtud del Justo, y acrescentar el merito de su paciencia, le permita el Señor alguna vez, que lo ultraje, le dió al V. P. un empellón tan furioso, que lo hizo caer de espaldas sobre un fogón: por manera, que enardecido el Compañero por el desacato, ò compadecido por el suceso, embistió con animosidad al disfrazado, antes que se desapareciese, con ademanes de vengar su descomedimiento atrevido. Pero levantandose el Siervo de Dios con agilidad, y presteza, no solo le embarazó su intentada resolucion, sino que lo estrechó apretadamente en sus brazos, rogandole, que ocultase en perpetuo silencio este caso; en que à mas de no haver experimentado lesion alguna de aquel soberbio Dragón, que vibra el hierro como si fuera paja, y el azero como si fuera heno débil, consiguió el pretendido triunfo de dar à Dios aquella alma.

